CORTÁZAR

centenario

Sergio Acevedo
Alberto Donadío
Juan Gustavo Cobo Borda
Carlos Arnulfo Arias

unab

© Editorial Unab, 2014

Cortazar: Centenario

ISBN 978-958-8166-64-3

Edición conmemorativa, prohibida la venta

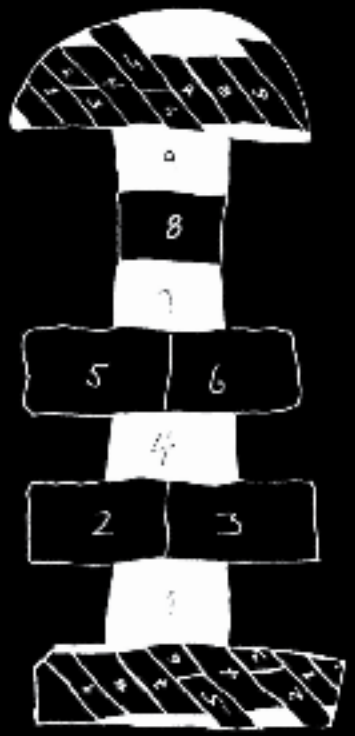
Diseño: Manuel José Jaimes

Ilustraciones: Carlos Arnulfo Arias

Edición: Rymel E. Serrano

Si yo viera simultáneamente todo lo que ven los ojos de la raza, los cuatro mil millones de ojos de la raza, la realidad dejaría de ser sucesiva, se petrificaría en una visión absoluta en la que el yo desaparecería aniquilado. Pero esa aniquilación ¡qué llamarada triunfal, qué Respuesta!

(Persio, en Los premios, de Julio Cortázar)



lbujá
mano,
como si por primer
entr
ra,
me basta cerra
CIELO
9
8
7
5
6
4
2
3
1
TIERRA

Presentación

Rymel E. Serrano

1

Hace cien años nació Julio Cortázar. Y, como ocurre con todo escritor célebre, se aprovecha la fecha para rendirle un homenaje póstumo que en realidad celebran sus lectores, no él, que, obviamente, o dormita perpetuamente en la nada o habita en un más allá desconectado de este acá o, si pudiera percatarse, desde donde esté, del ruido que ocasiona su cumpleaños –al que él es el único que no asiste–, quizás se nos escurriría hacia lo oscuro, para evadir el fastidio de verse reemplazado por los cortázares que sus admiradores o estudiosos hemos erigido y que no se corresponden con el yo que él alguna vez fue. Es a cada uno de esos cortázares que llevamos en un rincón del alma a quien conmemoramos. Pues los lectores, de acuerdo con la socorrida apreciación de Borges, son quienes crean a los autores. Sabemos que, con el paso del tiempo, la vida de los escritores va siendo suplantada por la biografía novelada que urden sus lectores.

Celebramos, pues, al Cortázar que hay en nosotros mismos. No sea que cuantas luces ha dejado encendidas en aquello que somos vayan a apagarse.

2

Henry Miller consideraba que había una raza humana compuesta por aquellos que habían leído con fervor a Dostoievsky. Y es así. ¿Quién puede seguir siendo el mismo después de haber incursionado en una de sus novelas? ¿Quién

puede no anhelar después que la existencia transcurra como la de sus personajes? Pues éstos, los personajes de Dostoievsky, no son, como los de las novelas usuales hasta entonces, tipos o prototipos humanos, sino personas, más reales, incluso, que nosotros, los yos que los leemos, más complejos, más impredecibles, más espontáneos y originales. Dostoievsky no diseñó a sus personajes: los incubó en su interior, los vivió, fue muchos yos, o tal vez muchos otros. Nos reveló lo polifacético de la sicología humana, la polifonía que nos habita. Esa es una de sus magias.

Y una de las magias de Cortázar es la de iluminarnos la concertada y desconcertada polifonía de los en apariencia pequeños mundos consuetudinarios que habitamos, aun de las realidades o situaciones más triviales: una gotita de agua que se aferra al borde del marco de una ventana temblando por el miedo a morir, a caer, y por la que llegamos a sentir una hondísima compasión; la metafísica pero a la vez ridícula situación de quien se enreda como en una pesadilla en el acto pendejo de tratar de ponerse un pullover sin conseguirlo, por motivos tan estúpidos como perfectamente factibles; la emocionante aventura de ir en pos de un cubito de azúcar que rueda por el piso de una cafetería…

Cerrado un libro de Cortázar, ya la realidad en torno no es la misma. No es como despertar de un bello sueño para retornar a la cárcel de la rudimentaria alcoba en donde nos aburrimos, sino para asombrarnos –por gracia de la lectura que nos ha abierto otros ojos, otra forma de ver– ante la poesía que brota a borbotones de todas las cosas de todos los días, pues cada una de las cosas de todos los días entona su propia canción, aporta su única, irrepetible, irrevocable versión o variación del mismo tema de siempre.

Por eso la mirada de niños engolosinados delata a los cortázares. A esa raza que Cortázar no creó pero sí descubrió, caracterizó y nominó: los cronopios.

En su reseña sobre *Historias de cronopios y de famas,* escribe Alejandra Pizarnik:

> ¿Quiénes son los *famas?* Son la Precaución; la Mesura; el Sentido Común; la Directora de una Sociedad de Beneficiencia (para alpinistas extraviados); un gordo con sombrero; un viajante de comercio; una suegra; un tío; una señora gritando asustada porque le regalaron un globo; un fabricante de mangueras; alguien que consulta su reloj diciendo: el tiempo es oro… ¿Las *esperanzas? Son unas bobas* pero los *famas* les tienen miedo. En cuanto a los señores *cronopios,* son los poseedores de cierto órgano en vías de extinción en el hombre actual: el órgano que permite la visión y percepción de la hermosura[1].

Miembros de una raza o hermandad espiritual cada vez menos numerosa, los cronopios, sin embargo, continúan deambulando por aquí, obstinados en desbarajustar la sosa continuidad del tiempo, la marcha maquinal de los relojes, para provocar ese insólito resplandor que es el asombro, la súbita revelación de lo otro en lo mismo, en lo de siempre, para propiciar los azares que iluminan durante instantes fugaces, pero cruciales e imperecederos, la belleza.

En palabras del poeta cubano José Lezama Lima:

> Cada hombre irrumpe o interrumpe un continuo, pero hay un fondo de identidad que es un azar que se vuelve causal, una absurdidad

1. Alejandra Pizarnik: "Humor y poesía en un libro de Julio Cortázar: *Historias de cronopios y de famas",* en *Prosa Completa,* Editorial Lumen, Barcelona, 2010.

que el hombre tiene que asimilar para no ser el irreconocible sobreviviente de una especie extinta. No le interesa a Cortázar prolongarse en distintos planos, sino la candela que esclarece momentáneamente el sótano. Sabe que no podemos ir más allá de la conciencia vertebral que es también un relámpago.

3

La edición de este libro no obedeció a ningún plan premeditado. Surgió de la nostalgia de dos cronopios, el director de orquesta Sergio Acevedo y el periodista Alberto Donadío, quienes se reunieron a recordar a Cortázar, a raíz de ciertos encuentros, desencuentros, cartas y azares que el primero experimentó cuando conoció al escritor argentino. La transcripción del relato de esa anécdota y un artículo que escribió Donadío sobre Cortázar en su correspondencia, animaron a los organizadores de Ulibro (la feria del libro de la Universidad Autónoma de Bucaramanga) a publicarlos en un libro conmemorativo del centenario del autor de *Rayuela*.

Por otra parte, el poeta y ensayista Juan Gustavo Cobo Borda, que había sido invitado a un conversatorio sobre Cortázar en el marco de Ulibro 2014, informó que no podría asistir pero a cambio ofreció un artículo sobre la relación del narrador con Octavio Paz, que obviamente se incluyó en esta publicación.

Para complementar los textos escritos, se convocó a otro par de lectores fervorosos de Cortázar. El escritor y artista Carlos Arnulfo Arias contribuyó con algunas ilustraciones que evocan el universo cortazariano; y el diseñador Manuel José Jaimes concibió el arte gráfico del libro.

Se trata, pues, de cinco "versiones y diversiones[2]" sobre Julio Cortázar que aquí se han juntado para recrear y celebrar su legado literario.

2. Título de un libro de Octavio Paz

Amigo Julio Cortázar*

Sergio Acevedo — Alberto Donadío

* El texto que se publica es fruto de una charla entre estos dos cronopios, en la cual Sergio rememoró su encuentro con Cortázar.

Para la época en que llegué a Viena a continuar mis estudios de dirección de orquesta (septiembre del 69), ya el boom de la literatura latinoamericana había irrumpido con gran vigor en los círculos literarios europeos y era tema permanente de análisis y comentarios en los suplementos literarios de los principales medios de comunicación de Europa. En efecto, ya se habían publicado *Cien Años de Soledad, Rayuela, La Ciudad y los Perros, Pedro Páramo* y varios títulos más, en esta primera arremetida de la nueva generación de escritores.

Con el propósito de complementar mi formación musical, tan pronto llegué a Viena me hice miembro de uno de los mejores coros del mundo, el Wiener Singverein de la Gessellschaft der Musikfreunde, cuyo director emérito era Herbert von Karajan, quien lo incluía en muchas de sus giras internacionales y en sus grabaciones de oratorios y otras obras del más importante repertorio sinfónico coral. Fue por esto o, mejor, gracias a esto, que antes de un año de mi llegada a Europa ya estaba con el coro en París presentando el *Requiem* de Verdi bajo la dirección de Karajan en el Theater de Chapmpes-Elysées.

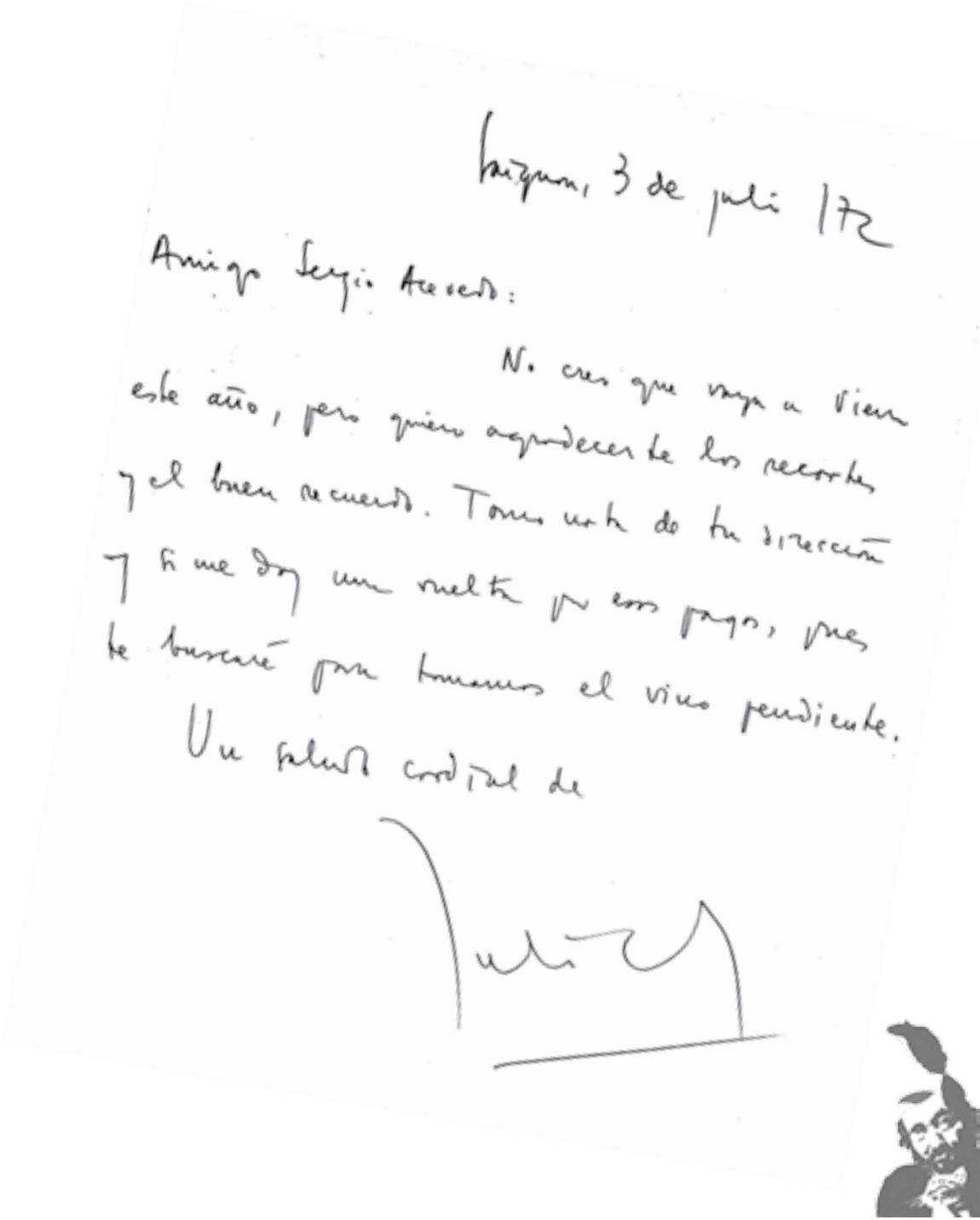
Para mí, París era Cortázar. Yo lo venía leyendo desde que se conocieron en Colombia sus primeros cuentos, sus *Historias de Cronopios y de Famas* y, gracias a Marta Traba, desde la publicación de *Rayuela* en 1963. Marta nos hablaba de *Rachuela* en todas las circunstancias en que la vida académica nos juntaba. París era la posibilidad de conocerlo, de encontrarlo caminando por alguna de las calles del Barrio Latino que tanto cita en sus obras, especialmente en *Rayuela.* Así es que, en el tiempo libre que me dejaban los compromisos con el coro, yo me la pasaba deambulando por las calles del barrio latino, la rue Monsieur le Prince, la rue de Vaugirard, la rue de L'ancienne Comedie, con la seguridad de que por alguna de esas esquinas tenía que aparececer la figura gigantesca de Cortázar. A ratos, y para descansar un poco de la infructuosa búsqueda, me sentaba

en el café de Cluny, o en el Deux Magots, o en el café de Flore con la seguridad absoluta de que por el cruce de los bulevares lo vería aparecer llevando de brazo a una anciana vestida de gala, como para un concierto, y quien llevaría debajo del brazo, enrolladas, unas partituras en una de las cuales se alcanzaba a adivinar el título de": …na gen….rc".

Sin embargo, fue en Viena, a mi regreso de París, ya concentrado en mis estudios de música y relegado el asunto Cortázar a un segundo plano, cuando, caminando por la muy central calle Krugerstrasse, a la altura del portón de entrada del edificio donde vivían Julio Escobar y su familia, vi aparecer la enorme figura de Cortázar, que caminaba decididamente hacia mí. Quedé petrificado, como una estatua. Pasó por mi lado, con sus 1,90 o 1,95 metros de estatura, y no fui capaz de saludarlo. Cuando reaccioné, él ya se había escabullido por una de las calles adyacentes.

Después vine a saber que a una cuadra de ahí quedaba la oficina de las Naciones Unidas para la energía atómica. Él trabajaba con la Unesco y lo llevaban como traductor a muchas de las asambleas. Para eso iría. Me parece que llevaba un abrigo. No estábamos en invierno, pero tampoco era verano. Creo que era en octubre de 1970.

***


Saigon, 3 de julio 72

Amigo Sergio Acevedo:

No creo que vaya a viajar este año, pero quiero agradecerte los recuerdos y el buen recuerdo. Tomo nota de tu dirección y si me doy una vuelta por esos lados, pues te buscaré para tomarnos el vino pendiente.

Un saludo cordial de

Julio

El primer secretario de la embajada de Colombia en Viena era Daniel Schloss Pombo, un supercachaco bogotano, simpatiquísimo, querido y muy culto. Hablaba un francés perfecto, era muy buen lector, sabía muchísimo de poesía, sobre todo de poesía francesa[1]. Vivía solo porque su esposa estaba en Colombia. Yo me la pasaba con él, era un tipo delicioso. Me invitó a un concierto de Claudio Arrau, en la sala principal de conciertos de Viena, que se llama Grosser Musikvereinssaal, la Sala Dorada, una sala muy bella. Por primera y única vez pude sentarme en la platea del auditorio, porque el costo de la boleta, a mis veinticuatro o veintiséis años, me lo prohibía. Los estudiantes podíamos ir con boleta rebajada a un sitio de pie, al final de la sala.

Estaba, pues, con Daniel Schloss, en la parte de adelante de luneta, y cuando se llegó el intermedio, de la primera fila se levantó un hombre enorme: Cortázar. Seguramente salió a fumar. Yo le dije a Daniel: esta oportunidad no la puedo dejar pasar. Entonces también salí al *fumoir,* al *hall,* y él estaba hablando con alguien y yo lo interrumpí. Qué pendejadas le diría no recuerdo, tal vez que yo era un estudiante colombiano, que estudiaba música. Él fue muy amable. Le pregunté que si podíamos vernos en esos días. Contestó que lamentablemente se iba al día siguiente. Pero agregó que volvía, en no sé qué fecha, para otro congreso, y que entonces nos tomábamos un vino. Fue muy cordial. Nada más. Me senté. Al final le conté el suceso a Daniel, que quedó muy impresionado. Eso fue hacia 1971. Cortázar me dio su dirección en París.

Ese fue el encuentro que motivó la primera carta. Yo lo había leído muchas veces. *Rayuela* la leí seis veces, *Los Premios* como doce veces. *Rayuela* la leí, según está anotado al final del libro que tengo en mi biblioteca, en Bogotá 1967, Viena 1970, Viena 1970, Viena 1971, Viena 1992. La primera vez no me gustó nada. Fue por Marta Traba que leí a

1. Daniel Schloss Pombo viajó a Viena en junio de 1970. Siendo consejero de la embajada de Colombia en Grecia, falleció en Atenas el 4 de octubre de 1979.

Cortázar. Marta, de quien fui alumno en la Universidad de los Andes, hablaba mucho de *Rayuela* (Rachuela, Rachuela, decía ella). Sería el año 65 o 66. Ella dio a conocer a Cortázar en Colombia, y también a Mafalda.

Una vez hablé por teléfono con Cortázar. La fecha exacta se conoce por esta carta que les escribí a Bucaramanga, el 18 de septiembre de 1971, a mamá, Beatriz Gómez de Acevedo, y a papá, Mario Acevedo Díaz:

> *Ayer hablé con Cortázar por teléfono. Si bien he perdido timideces en lo que va corrido de un año, quedé temblando de todo; pues al Cortázar lo llamé muy tarde pues se iba ayer de Viena; se acordaba de que yo lo había asaltado en las escaleras del Musikverein (me dijo, sí, un concierto de Claudio Arrau), y de que mi cara me ponía a salvo de ser un lagarto, "una cara detrás de la cual hay algo", pues yo me excusaba de joderlo y quería asegurarle que no era un cazaautógrafos sino que quería tomarme un vinacho con él en cualquier parte; se portó decentísimo por teléfono, muy asequible y amable y me dio la dirección en París, me contará cuando viene de nuevo, ya que le gusta este pueblo y cada contrato se lo toma; bien, eso fue todo.*

Cortázar me ha gustado desde comienzos de los años sesenta porque tiene un oído musical fabuloso, escribe con un swing especial. Los textos de Cortázar están llenos de música, de swing, tienen un ritmo interior musical, por eso creo que me gustan tanto, él tiene una manera musical de escribir. Cortázar sabía muchísimo de música, sabía mucho de música clásica, pero era fanático del jazz. De eso dejó constancia Gabriel García Márquez:

> Fui a Praga por última vez en el histórico año de 1968, con Carlos Fuentes y Julio Cortázar. Viajábamos en tren desde París porque los tres éramos solidarios en nuestro miedo al avión, y habíamos hablado de todo mientras atravesábamos la noche dividida de las Alemanias, sus océanos de remolacha, sus inmensas fábricas de todo, sus estragos de guerras atroces y amores desaforados. A la hora de dormir, a Carlos Fuentes se

> le ocurrió preguntarle a Cortázar cómo y en qué momento y por iniciativa de quién se había introducido el piano en la orquesta de jazz. La pregunta era casual y no pretendía conocer nada más que una fecha y un nombre, pero la respuesta fue una cátedra deslumbrante que se prolongó hasta el amanecer, entre enormes vasos de cerveza y salchichas con papas heladas. Cortázar, que sabía medir muy bien sus palabras, nos hizo una recomposición histórica y estética con una versación y una sencillez apenas creíble, que culminó con las primeras luces en una apología homérica de Thelonius Monk. No sólo hablaba con una profunda voz de órgano de erres arrastradas, sino también con sus manos de huesos grandes como no recuerdo otras más expresivas. Ni Carlos Fuentes ni yo olvidaríamos jamás el asombro de aquella noche irrepetible.[2]

En París compré un libro que salió en 1970. Se llama *La Vuelta al Día en 80 Mundos*. En ese libro sale un artículo sobre los piantaos y los idos. Piantao es como llaman los argentinos a los loquitos. *"Ya se que estoy piantao, piantao, piantao / No ves que va la luna rodando por Callao"*. La música es de Astor Piazzolla. Es la *Balada para un loco*. Leí el artículo que Cortázar le dedica a los piantaos. Al leer eso se me ocurrió mandarle de regalo a París los artículos del doctor Goyeneche.

¿Yo por qué andaba con estos en Viena? Me había llevado a Viena los artículos del doctor Gabriel Antonio Goyeneche, el genio de las finanzas. También me había llevado la poesía de León de Greiff, que releía mucho. El doctor Goyeneche era un viejito abogado, chupado como una uva pasa. Le daban cama para dormir en la Universidad Nacional, en una de las facultades, no sé si en veterinaria o en otra facultad. Todo el tiempo se dedicaba a demandar al Estado porque le habían robado las elecciones, a él, que era el verdadero Presidente Constitucional de la República de Colombia.

2. *Revista de la Universidad de México*, No. 1, (2004), pp. 13-15.

Goyeneche le escribía a Nixon, a Johnson, al Papa. Proponía negocios buenísimos, por ejemplo, cómo solucionar el problema del agua en Bogotá, donde el agua se iba con mucha frecuencia, o ponerle un techo a Bogotá, para poder utilizar el agua lluvia. O pavimentar el río Magdalena. Rifar edificios. Un montón de cosas locas proponía el doctor Goyeneche.

Le mandé a Cortázar unos diez artículos de Goyeneche, quien los vendía personalmente en los Andes, en la Javeriana, en la Tadeo. Le cobraba a uno cinco centavos, que en el año 70 no valían nada, y le daba a uno un recibo para que cuando él fuera Presidente de la República se los devolviera. Yo era subscriptor callejero del doctor Goyeneche. Recuerdo que andaba muy mal presentado. Era un piantao.

Cortázar me contestó que esos artículos presentaban un programa de gobierno mucho mejor que muchos planes quinquenales de otros países. En carta del 3 de julio de 1972, escrita en Saignon, que era su casa de campo o rancho, como él la llamaba, en Provenza, me escribe que, si iba a Viena, me buscaría para tomarnos el vino pendiente. El día que recibí esa carta en mi buzón yo no lo creía. Esa carta dice:

> *Saignon, 3 de julio de 1972*
>
> *Amigo Sergio Acevedo,*
>
> *No creo que vaya a Viena este año, pero quiero agradecerte los recortes y el buen recuerdo. Tomo nota de tu dirección y si me doy una vuelta por esos pagos pues te buscaré para tomarnos el vino pendiente.*
>
> *Un saludo cordial de,*
>
> *Julio Cortázar*

No me imaginé que Cortázar, que hacía tantas cosas y estaba metido en tantas causas, en esa época Cuba, luego

Nicaragua, sacara tiempo para contestarle a un estudiante.

Pasan dos años. En Viena había dos oficinas del gobierno de Colombia. Una, para atender los asuntos diplomáticos normales: el consulado y la embajada; y otra, que era la Oficina Comercial de Colombia en Viena. A esta oficina comercial llegaba *El Tiempo*. Leer *El Tiempo* era algo que lo acercaba a uno a Colombia. La oficina comercial quedaba muy en el centro, en una calle que se llamaba el Ring La dirección era Kärntner Ring número 1. La embajada quedaba en otro sitio distinto y no había ninguna confusión posible. La oficina comercial era dirigida por un señor Julio Escobar, y atendía el comercio entre Colombia y los países del Este, Hungría, Polonia, etc., todos los países comunistas. Organizaba la representación de Colombia en las ferias comerciales de Poznan, Budapest, Berlín Oriental. Esa oficina estaba en un tercer piso. Yo pasaba con alguna frecuencia para leer el periódico y saludar a Julio y a dos costeños que trabajaban ahí en la parte administrativa, Jacobo Naar Carbonell[3] y Juvenal Infante Infante. Jacobo Naar era además locutor costeño. Los costeños nacen para ser locutores, como la mitad de los austríacos nacen para ser directores del Burgtheater o de la Opera. Jacobo Naar era locutor en Radio Austria. Yo a veces trabajaba con él, traduciendo algunas cosas al español y presentándolas al aire.

Esto fue hacia noviembre de 1973. Llegué a la Oficina Comercial de Colombia un día. Uno entraba a una sala de espera. A un lado quedaba la oficina de los jóvenes asistentes y al otro la oficina de Julio Escobar. Había una mesa contra la pared y ahí había un sobre recostado contra la pared con los típicos colores del correo aéreo argentino. Era una carta. Al otro día había otra carta. Días más tarde había siete cartas. Todas decían: "Señor Julio Cortázar, Kärntner Ring 1". Y nada más. Atando cabos más adelante, comencé a ver las coincidencias. Julio Cortázar y Julio Escobar para un cartero vienés pueden ser la misma cosa, porque además eran sobres con la letra chiquita a mano, difícil de leer. Traían solamente el nombre de Julio Cortázar y la dirección, no se indicaba *Naciones Unidas*, ni *Agencia Internacional de Energía Atómica*. Le dije a Julio Escobar, quien no tenía idea de quién era Julio Cortázar: "Si quieres yo puedo mandar estas cartas, yo tengo la dirección de Cortázar". Me dijo: "Sí claro, llévatelas". Cogí las cartas y cuando se las iba a mandar hubo una huelga de correos en Francia, no recibían ni despachaban nada para Francia, la huelga duró como un mes, me acuerdo que fue en diciembre. En enero se levantó la huelga y le mandé el paquete a Cortázar contándole cómo había sido esta historia.

La casualidad fue que las dos oficinas quedaban enfrente una de otra; la oficina comercial de Colombia y la oficina de energía atómica, como dicen los austríacos, vis-a-vis. La coincidencia es que ambos eran Julio. Para el cartero austríaco, Escobar y Cortázar podían ser lo mismo. Le mandé a Cortázar las cartas y esto me contestó el 7 de enero de 1974:

> *París, 7 de enero de 1974*
>
> *Amigo Sergio,*
>
> *Muchas gracias por su carta y el envío. La historia de esas cartas es absolutamente increíble, pero usted merece conocerla. Hace más de un año que recibo mensajes de una muchacha enferma, esquizofrénica, pero además paralizada en un hospital, en la medida en que puedo aceptar su versión de las cosas. Al principio me escribía a París, pero como le envié un mensaje desde Viena tratando de animarla, debió pensar que me había ido a vivir a la IAEA[4] y por eso me escribió allá. Que usted haya encontrado todas esas cartas en la ofici-*

3. Jacobo Naar Carbonell falleció en Viena en el 2008 a los 65 años.

4. Agencia Internacional de Energía Atómica, por sus siglas en inglés: International Atomic Energy Agency. Actualmente se le conoce en castellano como OIEA: Organismo Internacional de Energía Atómica.

na comercial de Colombia forma parte de esas constelaciones o figuras que me son harto familiares pero en las cuales casi nadie cree. Y es importante que las haya encontrado porque acabo de leer todos estos mensajes demenciales y bellísimos, mezcla de collage, poesía erótica y delirios inconexos, debido a que la pobre muchacha está llegando al final de su enfermedad y que sin duda no resistirá mucho tiempo más. Acabo de enviarle un mensaje para confortarla y gracias a usted la pobre se sentirá un poco acompañada por mí, a quien eligió luego de leer mis cuentos y en quien tiene una profunda confianza. Si esas cartas se hubieran perdido yo no habría sabido jamás que ella seguía escribiéndome y ella se habría sentido abandonada por mí.

Sergio, en septiembre iré otra vez a la conferencia general de la IAEA y esta vez tenemos que vernos y tomarnos ese vino tan demorado. No conozco las fechas pero será hacia el 20 de septiembre hasta fin de mes. Si usted está en Viena en esa época búsqueme en la sección de traducción, Traungasse creo que 19 y nos veremos. Gracias otra vez por el buen recuerdo y por haber cerrado una figura con toda la perfección necesaria para llevarle una sonrisa a alguien que sufre.

Un abrazo y hasta pronto,

Julio Cortázar

Mi dirección actual es 9, rue de l'Eperon, París VI

La reacción emocionada de asombro y admiración que siempre suscitó este texto en todos aquellos que leyeron esta segunda carta me llevó, después de 40 años de tenerla guardada, a darla a conocer sin egoísmos ni censuras. Es por eso que esta noche la entrego a ustedes, cronopios,

famas y esperanzas, lectores y admiradores del cronopio mayor, con el sentimiento de estar revelando el pequeñísimo destello de una más de esas constelaciones que habitan el firmamento cortazariano.

El encuentro programado para septiembre de 1974 no se produjo. Durante las vacaciones de verano yo había viajado a Colombia y al regresar, el 18 de septiembre, me encontré a Cortázar casualmente por la calle principal de Viena, la Kaertnerstrasse. Iba de prisa para la Conferencia[5]: "Mañana nos tomamos el vino", me dijo después del abrazo de rigor. Le contesté que lamentablemente para nuestros planes, al otro día, el 19, tenía que viajar con el Singverein a Berlín, para cantar y grabar con Karajan y la Filarmónica de Berlín el Requiem de Brahms. Vine pues a Colombia ese verano y cuando regresé Viena encontré esta carta:

Saignon, 30 de julio de 1974

Amigo Sergio Acevedo

No sé si más vale tarde que nunca pero en este caso debe aplicarse bastante bien. De todas maneras discúlpeme por el retardo en contestarle. He viajado mucho, tengo un enorme trabajo que poco tiene que ver con la literatura pero mucho con Chile y otras cosas y me vi obligado a demorar la respuesta a muchas cartas de amigos. Lástima que no me encontró en París, pero muchas gracias por haberme dejado los estupendos textos de don Gabriel Antonio Goyeneche, que es realmente un gran piantao por derecho propio. Me he divertido muchísimo leyendo sus proyectos para resolver los problemas de Colombia y diciéndome de a ratos que si se llevaran a la práctica vaya a saber si no darían mejores resultados que tantos sesudos planes quinquenales que andan por ahí. Me alegro de haber tenido noticias suyas. Ya hace

5. *Nota del editor:* La *Conferencia* alude a las oficinas de la Agencia Internacional de Energía Atómica

mucho que no voy a Viena, porque no tengo tiempo, pero el mundo es chico y ya nos tomaremos un trago juntos alguna vez. Gracias de nuevo y un saludo cordial de su amigo,

Julio Cortázar

Cortázar estuvo una vez más en Viena. Pero yo había para entonces conseguido un trabajo en la fotocopiadora de la Conferencia[6], tenía que trabajar de 11 de la noche a 7 de la mañana y Cortázar al contrario. Por el cruce de horarios no nos pudimos ver. Después de septiembre de 1974 se acabó todo contacto, porque yo a los seis meses me fui a terminar mi maestría en dirección de orquesta con el maestro Franco Ferrara en la Academia de Santa Cecilia de Roma y Cortázar se empeñó al máximo en trabajar por las causas políticas de Chile, Cuba y Nicaragua.

6. *Nota del editor:* La misma agencia, mencionada en la nota anterior, para la cual trabajaba como traductor Cortázar. Sólo que Sergio Acevedo laboraba en el sótano, no arriba, y en la noche, no en el día, como lo hacía el escritor. Coincidieron, pues, pero sin poder verse. Nada de raro tendría, sin embargo, que muchos de los textos que reproducía Sergio (como él después imaginó que habría podido ocurrir), fueran traducciones recién hechas por Julio. He aquí otra situación cortazariana.

Cortázar visto por Cortázar

Alberto Donadío

Cualquiera que no lea a Cortázar está condenado. No leerlo es una seria enfermedad invisible que, con el tiempo, puede traer consecuencias terribles. Semejante en cierto modo al que nunca ha saboreado un durazno, el hombre se volverá calladamente más triste, notablemente más pálido y es probable que, poco a poco, acabe perdiendo todo el pelo.

Pablo Neruda

Julio Cortázar (en el registro civil Julio Florencio Cortázar Descotte) no escribió sus memorias, ni legó a la posteridad su autobiografía. No obstante, como escribió miles de cartas durante su vida es posible a partir de esos retazos armar un retrato del escritor o, para decirlo con mayor precisión, un autorretrato de quien Gabriel García Márquez justamente ennobleció como "el argentino que se hizo querer de todo el mundo"[1]. Para el efecto se han empleado aquí el millar de misivas reproducidas en los tomos cuarto y quinto de los cinco volúmenes de las cartas de Cortázar, que con curia admirable dieron a la publicidad en el año 2012 su primera esposa y albacea literaria, la traductora y escritora argentina Aurora Bernárdez, y Carles Álvarez Garriga[2].

1 *Revista de la Universidad de México*, No. 1 (2004), p. 15.
2 Julio Cortázar, *Cartas 1969-1976*, volumen 4 y *Cartas 1977-1984*, volumen 5, Edición a cargo de Aurora Bernárdez y Carles Álvarez Garriga (Buenos Aires: Alfaguara, 2012). Las citas del volumen 4 fueron tomadas de las páginas: 40, 86, 88, 92, 102, 115, 126, 131, 132, 133, 141, 152, 153, 157, 161, 167, 169, 192, 225, 229, 245, 248, 254, 257, 263, 269, 271, 290, 299, 305, 434, 442, 443, 448, 449, 454, 479, 480, 489, 490, 491, 495, 530, 548, 559, 563, 564, 596 y 597. Las citas del volumen 5 fueron tomadas de las páginas: 25, 28, 34, 49, 51, 55, 59, 63, 108, 112, 113, 116, 117, 122, 129, 151, 201, 213, 299, 322, 326, 360, 367, 410, 411 y 439.

Cortázar es el prodigio del cuento, pero palabra por palabra escribió muchas más cartas que cuentos a lo largo de sus 70 años no cumplidos. Dedicó tantísimas horas al género epistolar, en París, en su casa de campo y también en sus viajes fuera de Francia, donde se radicó a partir de 1951. El volumen mismo de sus cartas y las profusas alusiones que dejó en su correspondencia sobre el ejercicio postal, son testimonio de cómo la lectura, la escritura, el correo, el jazz y el vino, y también las traducciones que acometía para ganarse la vida, abarcaron el tiempo de su vida.

"Tengo tanto trabajo esta temporada que no podría hacer frente a más correspondencia", anotó en carta de 1969 a Paul Blackburn, su agente literario en los Estados Unidos. "Llegará un día, espero, en que pueda volver a los tiempos casi mitológicos en que podía leer, escuchar jazz y escribir a los amigos", le advertía en 1970 a Gregory Rabassa, el hoy nonagenario traductor al inglés de *Rayuela* (*Hopscotch*) y también de *Cien Años de Soledad*. "Tengo un trabajo terrible a la vuelta, porque hay centenares de cartas por contestar, traducciones que tengo que revisar, etc.", le decía en 1970 a Blackburn.

"Me he lanzado a la lectura como un caníbal sobre una gorda inglesa perdida en la jungla; en cinco días he devorado siete libros, y sigo a todo tren; además pongo al día un correo tan retrasado que algunas cartas son de diciembre o de enero", escribía Cortázar en junio de 1970 desde Saignon, el pueblecito de mil almas en el departamento de Vaucluse, capital Avignon, donde tenía su casa de campo, que él llamaba su rancho veraniego. El registro de los veranos en Saignon lo dejó en otra carta: "Empieza a hacer calor de veras, hay moscas y tábanos y las flores perfuman de noche, sin hablar de las ranas del vecino que sueltan unas vociferaciones absolutamente desmelenadas".

> Yo con mis amigos me carteo en mis libros, que sigue siendo mi mejor toma de contacto con todo el mundo. Perdóneme entonces que sea más bien lacónico, pero si usted tuviera que revisar como yo en este momento un trabajo sobre la destrucción de una plaga del arroz a base de pulverizaciones con isótopos radiactivos, no se sentiría demasiado tentado de escribirle a nadie.

Así le decía, también en 1970, a Ricardo Bada, periodista y escritor español radicado en Alemania.

En 1971 escribía a la argentina Graciela de Sola, autora de *Julio Cortázar y el Hombre Nuevo*:

> La correspondencia se me atrasa atrozmente, tengo mala conciencia (tu carta repta sobre mi mesa, se sube a la lámpara, gira como una veleta en la ventana, desde hace dos semanas!) y sin embargo no puedo dedicarme en detalle a contestar (o a contestar en detalle).

Para Cortázar contestar cartas era tan importante como cumplir una obligación bancaria, según revela esta confesión de 1972 a Jean L. Andreu, profesor de literatura hispanoamericana en Toulouse:

> Ya sé, ya sé, te debo cartas, le debo cartas a todo el mundo, estoy tratando de salir de ese libro que empecé hace dos años y que un doble accidente retrasó y complicó. Si vieras el amontonamiento de sobres y papeles diversos sobre mi mesa, me tendrías lástima, pero confío en ir saliendo de tanta deuda en unos pocos meses.

Hay no pocas referencias a la dimensión física del correo que avasallaba a Cortázar. En carta de 1974 a Francisco J. Uriz, traductor y literato español, le informaba:

> Ya debes estar pensando que el pater cronopios se ha convertido en un triste fama que ni siquiera contesta las cartas de los amigos. Pues no, che. Si de algo he tenido ganas es de escribirte, pero no ha sido posible hasta este domingo de primavera en que me condeno a quedarme en mi departamento y hacer frente a una correspondencia evaluable en metros cúbicos (y en el odio acendrado de los carteros del barrio, hartos de traer cartas y paquetes al distinguido escritor sudamericano, mala puñalá le den).

A Aurora Bernárdez, con quien se casó en 1953, en la víspera de cumplir 40 años, escribía en 1974:

> Aquí sopla un mistral de las polainas, pero yo me organizo y despacho entre quince y cuarenta cartas por día, lo que te dará idea de mi moratoria epistolar; aunque siempre duermo mal en este sitio (Saignon) mi conciencia está más descargada al saber que la gente recibe lo que le debo.

En el mismo año de 1974 le comunica a Ariel Dorfman, el escritor argentino-chileno-estadounidense que fue asesor cultural del Presidente Salvador Allende Gossens en el Palacio de La Moneda: "Peco de lacónico, lo sé; pero mi correo peca de desmesurado, y tengo centenares de cartas atrasadas".

De ese mismo año es la otra referencia a la magnitud del correo que recibía. Aparece en carta al poeta español Félix Grande: "Se terminó la huelga postal, y yo tirado por el suelo porque cada cinco minutos suena el timbre y dos o tres viriles carteros me echan por la cabeza varios metros cúbicos de paquetes, cartas y periódicos atrasados".

Declarada la suficiente ilustración sobre la dedicación de Cortázar a sus deberes epistolares, procede ahora entrar en materia. Las pinceladas del autorretrato son variadísimas e inesperadas a lo largo del carteo con sus amigos, con los críticos literarios, con los editores y con sus compatriotas argentinos.

¿Quién era Cortázar para Cortázar?

En 1980 le decía a Ángel Rama, el crítico literario uruguayo que falleció junto con su esposa Marta Traba en el accidente del Jumbo de Avianca en Madrid en 1983, viaje que Cortázar no quiso hacer («Yo pude haber tomado ese avión, pero rechacé la invitación de Colombia»): "No tengo nada de narcisista y sólo busco conocerme en unos pocos espejos que me devuelven una imagen más completa, incluso a veces con un ojo hinchado".

A otro corresponsal le escribía: «Soy loco y muchas veces tonto, pero creo que jamás he sido necio». También dijo: «Creo que soy un hombre que jamás se aburrió un solo segundo a lo largo de toda su vida».

Al poeta y novelista habanero José Lezama Lima le aclaraba en 1969: «Los de Virgo somos aparentemente fríos, pero si supieras cuánta ternura hay en este aparente desapego...».

Ternura y un «corazón que no envejece» tenía Cortázar. En 1970 le preguntó a Paul Blackburn si tenía inconveniente en que los derechos de autor de las ediciones cortazarianas que circulaban en los Estados Unidos los manejara en adelante Ugné Karvelis, la compañera lituana de Cortázar. Blackburn, traductor del *Mio Cid* y de los cuentos de Cortázar y poeta fallecido a los 44 años que ayudó a surgir a

muchos poetas jóvenes, le contestó a su amigo Julio que no tenía objeción en dejar de ser el agente literario suyo en los Estados Unidos. Cortázar le escribió entonces esta misiva:

> Me alegró mucho recibir tu carta, Pablito. Ya lo sabía, pero qué hermoso es saber de nuevo que se tiene un amigo como tú. Tu respuesta es lo que yo esperaba, pero tienes una manera tan limpia de decir las cosas que se me llenaron los ojos de lágrimas. Soy un estúpido, pero me alegro de serlo, de tener un corazón que no envejece y se maravilla de encontrar solidaridad y bondad en los seres a quienes amo. Well, stop it. Pero tenía que decírtelo y abrazarte muy fuerte.

Las manifestaciones afectuosas se repiten en otras cartas. "Gracias por tu carta, por tu cariño siempre a flor de cada palabra", le decía a Félix Grande en una ocasión.

> Me llenó de una emoción too deep for tears lo que me dices sobre esos poemas de *Último Round*", le responde a Lezama Lima. *Último Round* apareció en 1969. A Graciela de Sola le dijo alguna vez: "En medio del amor, a veces, una leve caricia cuenta más que los transportes y las fiebres.

A una amiga argentina le escribió en 1978:

> Quiero decirte que tu carta me dio como siempre una alegría llena de ternura, porque vos me conocés bien y sabés que tengo un corazón lleno de pelusas, caramelos blandos, palomitas de cartulina y otras cursilerías de las que no reniego ni renegaré jamás.

En 1977, unos meses antes de conocer a Carol Dunlop, la escritora nacida en Massachusetts pero radicada en Montreal que sería su última esposa, escribió:

> Vivo "solo en una multitud de amores", como dice el Dylan (Thomas, no Bob, aunque este último también dice cosas fenomenales y además las canta, lo que tiene su mérito). Como me ha tocado el extraño destino de vivir contra el reloj, o al revés si te parece mejor, hoy a los 62 años me siento mucho más joven que cuando tenía 30, y se diría que hay como una revancha, una a veces terrible necesidad de vivir hasta lo último. Pero en el fondo estoy solo, aunque de esa soledad hago una especie de laboratorio central del cual salen ramas en todas direcciones, rubias, pelirrojas, Amsterdam, negras, Soho, altas, petisas, Oklahoma, obras completas de Felisberto Hernández, Fellini, redonditas, beaujolais a ríos, flacuchas pero no tanto, Roma al sol, y ya, no te parece, pero en resumen todo lo que me pasa al alcance de esta sed.

Después de conocer a Carol Dunlop le confesó en 1978 al escritor uruguayo Juan Carlos Onetti:

> Después de un largo y penoso proceso, Ugné y yo nos separamos; la cosa fue dura, puesto que habíamos vivido juntos más de ocho años, pero ya no tenía sentido pasar de la verdad a la comedia y pretender que seguía siendo la verdad. Yo estoy viviendo con una chica que conocí en Montreal el año pasado, que me da una inmensa ternura y una paz que me hacía falta desde un punto que sólo alcanzo a comprender ahora.

Y a una amiga le escribió el mismo año desde la isla de Martinica donde pasaba vacaciones con Carol Dunlop:

> Tu viejo poeta se ha enamorado como un loco de una chica que conoció en el Canadá y que ahora

está y estará con él y que lo hace muy feliz. Imposible imaginar nada más bello que esta alianza de cariño y de belleza tropical; suena a cursi, ya sé, o a tarjeta postal.

Una vez casado con Dunlop le escribió a comienzos de 1982 a su mamá María Herminia Descotte de Cortázar, radicada en Buenos Aires y a la cual no pudo visitar durante varios años a causa de la dictadura que desde 1976 instauró la junta militar del teniente general Jorge Rafael Videla, el almirante Emilio Masseri y el brigadier general Orlando Ramón Agosti:

> Carol y yo quisiéramos que sepas cuánto nos queremos, y que nos hemos casado para resolver por una parte problemas prácticos (Carol podrá tener ahora mi nacionalidad y eso significa un gran alivio en materia de trámites, pasaportes, etc.) y por otra parte nos gusta sentirnos casados aunque exteriormente eso no sea más que una formalidad.

Carol Dunlop falleció en París en noviembre de 1982, quince meses antes de la muerte de Cortázar. Tenía 36 años. A Saúl Yurkievich, el poeta argentino, Cortázar le escribió: "La muerte me ha golpeado en lo que más amaba, y no he sido capaz de levantarme y devolverle el golpe con el mero acto de volver a vivir".

Y al agente literario, también argentino, Guillermo Schavelzon, le contó después de la partida de Carol: "Sólo me quedan libros, traducciones y palabras sobre algo que fue pura vida y puro amor. Perdoname el afloje." A Luisa Valenzuela, la novelista argentina, envió estas palabras: "Me hace bien trabajar hasta la náusea, porque así evito un poco la otra, este vacío desde donde me acecha una ausencia que me niego a aceptar."

Estando en Provence, en el sur de Francia, en 1981 Cortázar sufrió una hemorragia gástrica. Carol Dunlop lo encontró desmayado en el pasillo, en un lago de sangre. En el hospital se le diagnosticó leucemia mieloide crónica pero Dunlop y los médicos se lo ocultaron. Cortázar murió de leucemia el 12 de febrero de 1984 a los 69 años. Esta carta la escribió en francés tiempo después de la hospitalización a sus amigos franceses Gibbsy y Claude Tarnaud:

> Me hace mucho daños enviarles estas líneas, pero no puedo dejar de hacerlo, pues no entiendo el silencio de ustedes en circunstancias en que la presencia o la voz de los amigos me eran preciosas.
>
> ¿Qué les he hecho para que ignoraran hasta tal punto que estaba casi moribundo en el hospital? Me he pasado todo el mes de septiembre en Serres reponiéndome lentamente. ¿Qué les he hecho para no haber recibido nunca una llamada telefónica?
>
> Cuando más trato de entender, más me pierdo en una confusión llena de amargura. [...] Veinte años de amistad -de cerca o de lejos- me lo prueban. Y creo haberles demostrado esa amistad más de una vez. Sentirme tan abandonado en semejantes circunstancias me ha hecho tanto daño que no puedo dejar de decirlo ahora. ¿En qué los he ofendido o herido? Por mi parte, sigo siendo el amigo de siempre.

Otra carta Cortázar la cerró así: "Un abrazo muy grande para vos, y uno más liviano y delicado para Asa, de Julio". Estaba dirigida al pintor argentino Julio Silva, radicado como Cortázar en Francia y diseñador de la tapa de *Rayuela* y de otros libros. Fueron tan cercanos amigos que los

llamaban Julio pluma y Julio pincel. Julio Silva recordó en una entrevista:

> Cortázar ejercía una especie de atracción hipnótica. "Cada vez que cenábamos en casa, llegaba y contaba una historia a partir de lo que había visto en el viaje en metro: todos quedaban subyugados por la manera en que narraba. Era un cuento para publicar". En esos años, en las fiestas en la casa de Cortázar en Saignon, en la Provence, no faltaban García Márquez y Carlos Fuentes. "No hablaban de literatura", confiesa Silva. Ya en 1982, cuando murió Carol Dunlop, la última esposa de Cortázar, Silva le ofreció a su amigo una escultura para la tumba. Y su respuesta estremece: "Ésta –dijo señalando la pieza– será para ella y también para mí", afirma Silva. Y agrega: "Me pidió que no pusiera esposa de Julio Cortázar porque ella valía por sí misma". Dos años después, el autor de *Rayuela* sería enterrado junta a ella, al pie de aquella escultura, *Despedida con sonrisa"*. ¿Cómo era el Cortázar más íntimo? "Muy solitario. No se reunía con la elite literaria y nunca andaba detrás de editores. Trabajaba sólo medio tiempo como traductor en la Unesco, para tener seis meses libres y leer, escribir, escuchar jazz, tocar la trompeta y tomarse unos whiskies. Era un tipo generoso y cargado de humor", recuerda Silva del hombre con eterno rostro de niño que desató impensados universos en la literatura latinoamericana.[3]

Al director de cine argentino Manuel Antín le escribió Cortázar en 1969:

3 Clarín.com, noviembre 7 de 2008.

> Sobrevivo, soy el de siempre, escribo lo más y mejor que puedo, y trato de darle a los pocos años de vida útil que me quedan toda su exaltación y su hermosura. Precisamente (esto bien puedo decírtelo a vos) si trato de conseguir las mejores condiciones para ceder derechos de autor, es porque ya no estoy dispuesto a perder tiempo en las Unescos de este mundo, y quiero todo el itinerario del sol y de la luna para vivir y escribir.

A su agente neoyorquino Paul Blackburn le decía en 1970: "Como te imaginas, los años pasan para mí y cada vez me parece más lógico y necesario poder vivir de mis derechos de autor y olvidarme de las Unescos y los Inatom de este mundo". Al notable librero argentino Héctor Yánover le reiteraba el mismo pensamiento: "Cuando no recibo bastante dinero por mis libros o discos, me voy de nuevo a traducir bodrios a la Unesco".

Entre un bodrio y otro, Cortázar gozaba la vida, como lo expresó en esta carta de 1969 sobre uno de sus viajes de traducción a la capital de Austria, en que se alojó en el Hotel de France:

> Hay mucho sol en Viena, y es la primera vez en muchos meses que trabajo realmente tranquilo, pues tengo una habitación perfecta en un hotel perfecto, y un horario todavía más perfecto, pues empiezo a las cuatro y media de la tarde hasta medianoche, es decir que me queda toda la mañana y parte de la tarde para TRABAJAR, LEER, PENSAR, e incluso ir a los museos (Brueghel, Brueghel!) y a los cafés. Qué bueno, qué necesario es estar solo de vez en cuando, antes de descubrir con una especie de embriaguez la necesidad de buscar de nuevo a los seres queridos.

"Asediado por quienes me saben honrado", se define Cortázar en carta de 1972 a Haydée Santamaría, la directora de la Casa de las Américas en La Habana que participó en 1953 en el asalto al cuartel Moncada que fue inicio de la insurrección contra Fulgencio Batista.

¿Por qué escribía Cortázar? Por puro amor. Así lo consignó en misiva a Ulises Barrera, periodista deportivo argentino amante como Cortázar del boxeo:

> Te agradezco tu carta por muchas razones. La primera es la carta misma, la amistad que asoma en cada frase. Algunos escritores tenemos esta clase de recompensas que van mucho más allá de los elogios o los ditirambos; una que otra vez hay ese minuto en que uno sabe que ha sido un médium, que le ha dado sus manos y su voz a alguien que no podía valerse de las suyas, y que lo ha hecho sin artificio y sin vanidad, por puro amor.

La afición por el pugilato no hacía a Cortázar tosco y burdo, pues él era y se definió delicado y discreto en esta carta a la narradora argentina Jorgelina Loubet (1918-1997):

> Querida Jorgelina, qué lástima que no se decidiera a buscarme en París; mi puerta, cerrada a tanto turista frívolo, se hubiera abierto de par en par para usted. Pero casi siempre es así, los mejores, los como usted, tienen una delicadeza infinita frente a la soledad ajena; tampoco yo, creo, me hubiera animado jamás a llamar a su puerta.

¿Cómo escribía Cortázar? Sin pensar, según esta carta a Evelyn Picon Garfield, profesora de literatura en varias universidades de los Estados Unidos:

> Conociéndome como me conoce, no le extrañará que yo escriba sin pensar, es decir dejando que algo piense en mí, poniendo siempre un poco entre paréntesis la conciencia, la reflexión y las precauciones críticas, sin lo cual jamás habría sido capaz de escribir los cuentos o *Rayuela*. Esta actitud central que me hace escribir en un estado para-conciente, se prolonga luego en el período en que la inteligencia entra en juego para corregir, revisar, tirar al canasto o salvar páginas; quiero decir que aunque soy implacable en materia de rigor escritural, y rechazo todo lo que no me parece plenamente logrado dentro de mi perspectiva, de todos modos sigo ciego a los impulsos profundos que determinaron la escritura.

En otra misiva reiteró la misma idea: "Siempre he escrito como respondiendo a una pulsión en la que los elementos racionales sólo aparecen más tarde".

En carta de 1978 a Aurora Bernárdez, puntualizó: "En materia de pareceres, sin embargo, sigo creyendo que un autor no debe tener miedo a obstinarse en el suyo propio cuando algo se lo dice desde muy adentro".

Julio Cortázar jugaba con las palabras. ¿A quién si no a Cortázar se le podría ocurrir esta frase: "Era zurda de una oreja"? El humor y la gracia están en sus cuentos y en todos sus libros. Y en sus cartas, por supuesto. Como en esta que comenta un texto enviado a un amigo: "Cuando yo hablo de tener un ´hipo de pótamo´, el tipógrafo puso ´hijo de pótamo´ y naturalmente mandó al carajo el juego de palabras".

Lezama Lima le agradeció unos bolígrafos enviados desde París, que según el cubano corrían como lebreles en

su mano. Cortázar le ofreció entonces otros obsequios: «Dime sin vacilar si necesitas otras cosas, lo que sea; siempre encontraremos la persona que te lleve un oso hormiguero, un tratado de formas anamórficas o varios kilos de confitura de rosas, según tu gusto».

Al ensayista uruguayo José Pedro Díaz le escribió en 1975:

> Gracias también por los libros suyos que me anuncia. Mándeme también el tiempo para leerlos en seguida; aunque parece un mal chiste, es una dura realidad. Tengo más de trescientos libros apilados en mi casa, esperando lectura; y casi todos me interesan.

A un editor le contestó: «Las preguntas que me hacés con la sana intención de publicar las respuestas en La Gaceta, están muy bien pero al mismo tiempo me aburren como me pasa con muchas otras cosas buenas, por ejemplo Vivaldi».

En 1971, Carlos Fuentes comparó a Cortázar con Simón Bolívar:

> Si no hay una voluntad de lenguaje en una novela en América Latina, para mí esa novela no existe. Yo creo que la hay en Cortázar, que para mí es casi un Bolívar de la literatura latinoamericana. Es un hombre que nos ha liberado, que nos ha dicho que se puede hacer todo.

En carta a Lida Aronne de Amestoy, crítica literaria argentina que fue profesora de literatura en los Estados Unidos, Cortázar opinó: "Cuando leo cosas como aquello de Carlos Fuentes ("Cortázar es el Bolívar de la literatura sudamericana") se me colorean las orejas; sin contar que para un argentino eso de Bolívar, vamos..."

La misma vena no solemne se nota en esta carta al profesor de literatura Jean L. Andreu:

> Pongo las barbas en remojo después de tu descubrimiento de que la mayoría de los escritores de textos fantásticos son horribles reaccionarios. Ya guardé debajo del colchón la foto dedicada de Mussolini, y escondí los discos con los discursos del Fuhrer, que sólo escucharé en un sótano blindado. ¡Ah, estos investigadores! No le dejan a uno vivir en paz, che, y tener sus ideas.

Tampoco en esta frase, escrita al regreso de un viaje a Barcelona, se tomaba en serio: "Soy de un mimetismo repugnante. Cuando vuelvo de Cuba tengo un acento del Caribe que da miedo; ahora en cambio me van a tomar por Julián Marías, horresco referens".

En las cartas que dirigía a la cubana Ana María Hernández del Castillo, profesora de La Guardia Community College en Nueva York, la llamaba Bichito, Squirrelita, Compañera Condesa, Doc Hernández, Prof Bichito.

En 1975, en las épocas turbulentas cuando gobernaba la Argentina María Estela Martínez de Perón, la ex bailarina de variedades también conocida como Isabel Martínez de Perón, Cortázar escribió a un corresponsal bonaerense: "No seré yo quien vaya a Buenos Aires por el momento; como decía un español, no es que les tenga miedo a las balas, pero sí a la velocidad con que vienen".

Tras el golpe contra Allende el 11 de septiembre –ese 11 de septiembre de 1973 que para muchos latinoamericanos de la época fue fecha más aciaga que el trágico 11 de septiembre de 2001– Cortázar se unió desde París a la denuncia de la dictadura militar de Augusto Pinochet Ugarte.

De esas épocas que absorbieron a Cortázar, quedaron abundantes reflexiones en su carteo. En 1976 escribió: "Contra los que piensan que el trabajo de los intelectuales es inútil y que sólo vale salir con una pistola a la calle, sigo pensando que muchas cosas importantes se producen por presiones morales y personales de gentes que influyen en la conciencia colectiva".

Aun antes del golpe, Cortázar era un intelectual comprometido y simpatizó con la revolución cubana. En 1970 observó: "Me voy con Ugné por tres semanas a descansar de una temporada más bien horrorosa (Cuba, México, semana latinoamericana en la Ciudad Universitaria, mesas redondas, el compromiso, pibe, el compromiso: hay que seguir adelante, pero vas dejando los riñones por el camino)".

Afirmó en 1978, veinte años después del derrocamiento de Fulgencio Batista en Cuba: "A tantos años ya de ese otro rayo latinoamericano que partió en dos el monocorde y siniestro cielo de la década del cincuenta, puedo decir que la Revolución Cubana entraña para mí la entera acepción de dos palabras: realidad y esperanza".

Pero no se consideraba comunista, como lo precisó en esta rectificación que en 1977 solicitó a Juan Luis Cebrián, director de El País de Madrid, que había publicado una entrevista con Cortázar:

> Para mi gran sorpresa, veo que en la presentación de dicha entrevista se me califica de militante comunista. Como esta calificación es falsa, y perfectamente gratuita, le pido que el periódico publique inmediatamente la rectificación que corresponde. Le ruego asimismo que me haga enviar un ejemplar a la dirección que indico más abajo.

Su idealismo de buena fe está presente en esta frase de 1970: "Vivo meses alienados, pero lo acepto para ayudar -quizá- a que un día haya menos alienación en el mundo".

En 1975 le contaba a Bichito (Ana María Hernández del Castillo):

> Paso de un papel a otro, de una reunión a otra, tengo que leer incontables artículos que me enseñan lo que no sé en materias geopolíticas, me aburro como una ostra. Qué envidia le tengo a la gente que hace su deber gustándole; yo lo hago con una extraña sensación de estar caminando detrás de mí mismo, lejano y solitario.

Por las mismas calendas le decía a Bichito: "Cuando pienso en el 'cono sur', a la palabra cono le veo cada vez más el palito de la eñe".

Para Cortázar: "Eso que en nuestra América se sigue llamando 'democracia'... tiene siempre mucho más de 'cracia' que de 'demo'."

En 1977 le explicó a Bichito:

> No, bichito, no es silencio deliberado, ni bronca, ni nada que se le parezca, muy al contrario. Es simplemente esta perra vida con sus Pinochets y sus Videlas, que me arranca de mí mismo y me tiene todo el tiempo en reuniones, viajes, mesas redondas (en general con tipos más bien cuadrados) y así va la cosa.

Sí, Videla desfiló varias veces por su epistolario: "He viajado tanto en estos años por culpa de Videla y Pinochet, que me resulta imprescindible fijarme un poco más en París y mi vida y mis ganas de escribir todavía algunos cuentos".

Así escribió en 1979. Y cuando se acercaba el fin de la junta militar argentina se preguntó: "¿Quién secará las lágrimas de las madres de la Plaza de Mayo, y las de tantos otros?".

Ariel Dorfman recibió en 1974 esta carta de Cortázar: "La estabilidad de los regímenes de derecha tiene sus mejores aliados en la confusión, el desorden, la palabrería y las rencillas de quienes pretenden vencerlos".

Pero Cortázar no dudaba del compromiso. A Dorfman le precisó: "El movimiento se demuestra andando".

Ocasionalmente se sentía aislado: "Hay veces en que uno está demasiado solo o demasiado rodeado de canallas o logreros".

Un intelectual comprometido, pero libre y universal, según dejó constancia en 1974: "Detesto los localismos y patriotismos que sólo encubren inferioridades parroquiales".

Muchos años dedicó Cortázar a combatir los regímenes de fuerza en América Latina, como se observa por esta carta a Evelyn Picon Garfield, profesora en los Estados Unidos y conocedora de la obra del argentino: "Gracias por la invitación, que no puedo aceptar porque el año 81 quiero y necesito guardarlo lo más posible para mí, después de 5 años de correr mundo por culpa de tanto canalla sudamericano que hay que combatir".

Ya en mayo de 1981 Cortázar había roto la promesa que se hizo a sí mismo: "Ahora me voy a Madrid para participar en una reunión sobre los desaparecidos en la Argentina (se

ha hablado de casi 15.000!). Dentro de poco iré a Nicaragua otra vez, y también a Puerto Rico. No se puede hacer mucho frente a tanta fuerza bruta, pero lo mismo hay que hacerlo".

Cuando triunfó en 1979 la revolución sandinista tras el derrocamiento del régimen del general Anastasio Somoza Debayle, Cortázar dedicó muchos días a la causa nicaraguense y viajó varias veces al país. A Jaime Alazraki, también profesor universitario que estudió la obra de Cortázar, escribió: "Siento que mi deber como escritor muy leído es hacer todo lo que esté en mis manos (y eso significa mis manos frente al teclado de una máquina, sobre todo) para ayudar a ese admirable pueblo".

El Cortázar que escucha las cuitas y desdichas de los amigos es compasivo y realista. Cuando la profesora de literatura y conocedora de la obra cortazariana Evelyn Picon Garfield le refiere sus desavenencias conyugales, su amigo Julio le responde:

> Querida Evie, tu carta me entristeció mucho porque me cuentas un tipo de problema que nunca o casi nunca se soluciona con palabras. Sabes bien que tienes en mí un amigo de veras, y me gustaría que esa confianza te hiciera bien y te ayudara a superar esa difícil situación en que te encuentras. ¿Qué puedo decirte, Evie? ¿Que te vayas, que vivas sola? Puede resultarte insoportable incluso completamente negativo; tú misma lo sientes por la forma en que me escribes. Acaso lo mejor –creo que también tú lo piensas– sería tomar distancia, vivir sola un tiempo y sentirte vivir, hacer el balance, y luego decidir. Pero te lo repito, nadie puede aconsejar, sólo se puede estar ahí, ofrecer amistad y comprensión. Y ya es algo, creo.

> Te imaginas si me duele que Luis y vos estén en una situación crítica, y que los chicos sufran el contragolpe. Pero en todo caso quisiera que la solución fuese limpia y sincera por parte de ustedes dos, es la única manera de seguir adelante. No doy nunca consejos, pero te digo que sigas trabajando en lo tuyo contra viento y marea. Eso vale más que todos los psicoanalistas o consejeros, casi siempre.

Que siguiera viviendo le pedía Cortázar en 1971 a la poetisa argentina Alejandra Pizarnik, de origen judío ucraniano:

> Hemos compartido hospitales, aunque por razones diferentes; la mía es harto banal, un accidente de auto que estuvo a punto de. Pero vos, vos, ¿te das realmente cuenta de todo lo que me escribís? Sí, desde luego te das cuenta, y sin embargo no te acepto así, no te quiero así, yo te quiero viva, burra, y date cuenta que te estoy hablando el lenguaje mismo del cariño y la confianza –y todo eso, carajo, está del lado de la vida y no de la muerte.
>
> Yo te reclamo, no humildad, no obsecuencia, sino enlace con esto que nos envuelve a todos, llámale luz o César Vallejo o el cine japonés: un pulso sobre la tierra, alegre o triste, pero no un silencio de renuncia voluntaria. Sólo te acepto viva, sólo te quiero Alejandra.

Las invocaciones de Cortázar no surtieron efecto. Alejandra Pizarnik se suicidó en 1972. Tenía 36 años. Después de muerta, Cortázar recibió una carta suya, como lo relata en esta confidencia que le hizo a la lingüista argentina Ana María Barrenechea:

> Alejandra nunca tuvo nada que ver con el personaje de la Maga. *Rayuela* ya estaba escrita cuando me

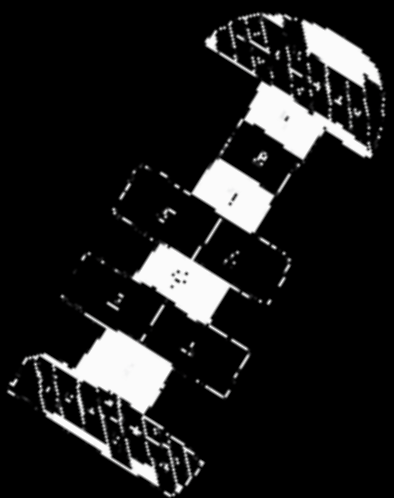
> encontré con ella en París. No me sorprende del todo tu pregunta, porque en estos últimos años he oído más de un rumor totalmente infundado con respecto a Alejandra y a mí; hay quienes piensan que fuimos amantes en Europa, otros hablan de largos viajes juntos, etc. Mi hermosa amistad con Alejandra no fue, a pesar de todo, una relación tan estrecha como la que en esos años mantuve con otras personas en París; nos veíamos, ella venía bastante a casa donde Aurora y yo la recibíamos y a veces la sermoneábamos por su peligrosa manera de abandonarse al azar de las circunstancias, con toda clase de riesgos que no le importaban pero que los amigos conocíamos bien. Cuando volvió a Buenos Aires me escribió varias veces, y en uno de mis viajes la vi en casa de Olga Orozco por última vez. Lo que puedo decirte a vos, y te pido que no lo digas a nadie, es que dos meses después del suicidio de Alejandra me llegó una carta muy breve de ella, sin fecha, acompañada de una foto suya, tomando sol desnuda en una playa. Podés imaginar lo que eso significó para mí; jamás he sabido quién envió esa carta, o si su envío estaba previsto por la misma Alejandra. Pero cosas así, si son sabidas por alguien más (la persona que envió la carta, por ejemplo), pueden haber dado pie a la leyenda de las relaciones amorosas entre Alejandra y yo que, como ya te dije, no existieron jamás.

Si pudiera hablarse de un testamento de Julio Cortázar está contenido en la carta que en 1981 envió a su mamá, María Herminia Descotte de Cortázar, cuando finalmente le dieron el pasaporte francés, después de dos solicitudes de naturalización que le habían negado:

En la Argentina, como en tantos otros países, el "patriotismo" es simplemente un refugio para muchos que se llenan la boca con la palabra y después no mueven ni un dedo por su "amada patria", como vos lo sabés por muchas razones y por personas que han estado muy próximas a nosotros. A mi manera y desde lejos, yo he probado que fui, que soy y que seguiré siendo mucho más argentino que todos los que sacan banderas los días patrios o cantan el himno sin siquiera entender bien sus palabras. A mi manera he escrito una obra que figurará en la historia de la literatura argentina, y eso es lo que cuenta para mí, haber sido útil a mi pueblo dándole libros que han podido emocionarlo o divertirlo o mostrarle que la realidad es más grande de lo que imaginan los que nunca se movieron de su barrio. [...] Sigo escribiendo en español, sigo luchando porque todos nuestros países latinoamericanos sean un día más libres y más felices y mi nueva condición civil me es en cambio infinitamente útil para mi vida en Francia, mis viajes en el mundo, y mi tranquilidad personal. Y cuando llegue el día desembarcaré en Buenos Aires con otro pasaporte pero con el mismo corazón, y es en el corazón que hay que pensar antes que en toda la palabrería patriotera que sin duda se descargará contra mí.

Octavio Paz, Julio Cortázar: dos centenarios

Juan Gustavo Cobo Borda



I

Ambos nacieron en 1914. Uno en México, el otro en Bruselas de padres argentinos y muy pronto iría a la que sería su patria para siempre: Buenos Aires. Octavio Paz, el mexicano, vivió de cerca la historia de su país. Tanto su padre como su abuelo fueron figuras públicas. Uno como patriarca liberal. El otro como caudillo zapatista. Pero ambos eligieron la literatura como destino. Cortázar, con el seudónimo de Julio Denis, publica en 1938 su libro de poemas *Presencia.* Si bien Paz se inicia como poeta en 1933 con *Luna silvestre,* es en 1937 y en España, más concretamente en Valencia, donde aparecerán *Bajo tu clara sombra y otros poemas sobre España.* O sea que podemos considerarlos, en dos (o tres) extremos del mundo miembros de una misma generación que ya poseía un rasgo singular: un cierto cosmopolitismo viajero que no por ello perdía sus raíces.

Sin embargo, en 1947, Cortázar escribe su *Teoría del túnel* (que sólo será conocida y publicada en 1994) donde en un razonado ensayo analiza las características de la novela y sugiere como el futuro de ella debe darse a partir de una síntesis de existencialismo y surrealismo. Surrealismo, concepción del universo y no sistema verbal, que busca la restitución, el reencuentro con la inocencia. Profundizará y será fiel a estos propósitos cuando en los años cincuenta viaja a París y luego se instala allí de manera definitiva.

En 1945, Octavio Paz ingresa en el servicio exterior mexicano. Uno de sus primeros destinos será París (más tarde Japón y la India) donde a través de figuras como Benjamin Péret o Paul Éluard, estará cerca del grupo surrealista y su figura central: André Breton. Escribirá un poema, "Noche en claro", incluido en *Salamandra* (1962) donde revive su diálogo nocturno por las calles de París con Breton y Péret. Pero quizás el mejor fruto de su estadía en París sería pre-

parar y ver publicado en México en 1949 su libro *Libertad bajo palabra.* Que Julio Cortázar reseñará en la revista *SUR,* de Buenos Aires, (No. 182, diciembre de 1949).

"Sabe distinguir entre (las palabras) que se ordenan poéticamente y las que sólo por prestigio retórico o psicológico tienden a instalarse en el poema; a estas últimas las arroja por la borda, o las neutraliza sometiéndolas a curiosas significaciones marginales, que son uno de los encantamientos de su verso". (*Obra crítica*, 2, Madrid, Alfaguara, 1994, p. 207)

Elemental y entrañable para hacerse comunicable, tal la opinión de Cortázar en su primera lectura de Octavio Paz.

II

Surrealismo compartido

En 1949, Julio Cortázar publicó una nota titulada "Un cadáver viviente". Comenzaba así: "Claro, me refiero al surrealismo". Y luego de demostrar en forma palmaria que no estaba tan muerto como se deseaba, concluía:

> Conviene acordarse de que del primer juego surrealista con papelitos nació este verso: "El cadáver exquisito beberá el vino nuevo". Cuidado con este vivísimo muerto que viste hoy el más peligroso de los trajes, el de la falsa ausencia, y que presente como nunca, allí donde se lo sospecha, apoya sus manos enormes en el tiempo para no dejarlo irse sin él, que le da sentido. Cuidado, señores, al inclinaros sobre la fosa para decirle hipócritamente adiós, está detrás vuestro y su alegre, necesario empujón inesperado puede lanzaros dentro, a conocer de veras esta tierra que odiáis a fuerza de ser finos, a fuerza de estar muertos en un mundo que ya no cuenta con vosotros. (*Obra crítica, 2,* pp. 179-180)

En 1954, Octavio Paz dictaba una conferencia en la Universidad Nacional de México que se titulaba "El surrealismo" y que compartía el mismo tono de Cortázar en su nota:

> Pero el cadáver estaba vivo. Tan vivo que ha saltado de su foso y se ha presentado de nuevo ante nosotros, con su misma cara terrible e inocente, cara de tormenta súbita, cara de incendio, cara y figura de hada en medio del bosque encantado. Seguir a esa muchacha que sonríe y delira, internarse con ella en las profundidades de la espesura verde y oro, en donde cada árbol es una columna viviente que canta es volver a la infancia. Seguir ese llamado es partir a la reconquista de los poderes infantiles. Esos poderes –más grandes quizás que los de nuestra ciencia orgullosa– viven intactos en cada uno de nosotros. Son imaginación y deseo". (Octavio Paz, *Las peras del olmo*, Barcelona, Seix Barral, 1982, pp. 136 a 151)

La actividad poética como operación mágica y el triángulo clave de libertad, amor y poesía, son otros de los principios cardinales que Paz señala. El humor y la imaginación hacen que el mundo ya no sea más un "horizonte de utensilios" sino un campo magnético. Donde el yo convertido en ilusión (hablar sería crear) nos acerca la convicción de que el amor es la forma más alta de la libertad: libre elección de la necesidad. Aventura interior donde nos descubrimos nosotros mismos.

III

Los primeros cuentos de Julio Cortázar (Bruselas, 1914-París 1984) aparecen fechados en 1937 y tratan temas que ya identificaríamos con su obra: vampiros, brujas, señoritas de provincia, que se aburren y sueñan. También fantasías de muerte y crímenes que parecen suceder en otro plano, en una imprevista forma de resolverse, con abuelas y familias ceñidas a estrictos horarios de comidas, noticieros y pijamas y pantuflas a una hora inalterable. Pero siempre ocurrirá algo no programado en esos escenarios que cambian de forma y orientación. Citemos dos fragmentos, uno de 1943 que refleja muy bien el tono y la atmósfera ya tan cortazariana:

> La juventud de Paula ha sido triste y silenciosa, como ocurre en los pueblos a toda muchacha que prefiere la lectura a los paseos por la plaza, desdeña pretendientes regulares y se somete al espacio de una casa como suficiente dimensión de vida. Por eso, al apartar ahora los claros ojos del tejido –un pull-over gris simplísimo–, se acentúa en su rostro la sombría conformidad que alcanza la paz a través de moderado razonamiento y no con el alegre desorden de una existencia total. Es una muchacha triste, buena, sola. Tiene veinticinco años, terrores nocturnos, algo de melancolía. Toca Schumann en el piano y a veces Mendelssohn; no canta nunca pero su madre, muerta ya, recordaba antaño haberla oído silbar quedamente cuando tenía quince años, por la tarde. ("Bruja", p. 66, Julio Cortázar, en *Cuentos completos,* Vol. I, Buenos Aires, Alfaguara, sexta reimpresión, 1999)

Ahora pasemos al propio Julio Cortázar, que también en 1943, en "Distante espejo" nos habla de la ciudad de Chivilcoy, en la provincia de Buenos Aires, donde se desempeña como profesor de la Escuela Normal y en horas libres lee la Biblia de Lutero, escucha jazz y mantiene un registro de sus pasiones intelectuales:

> En 1939 fueron las obras completas de Sigmund Freud; en 1940 novelas inglesas y norteamericanas, poesía de Eluard y Saint John Perse; 1941, Lewis Carroll (exhaustivamente), Kafka y unos libros indios de Fantone ; en 1942, la historia de Grecia de Bury, las obras completas de Thomas de Quincey y una tremenda bibliografía acerca de Sandro Botticcelli. (p. 82)

La provincia y la lectura, el magisterio y la aventura. Tanto su personaje, Paula, como su autor, Cortázar, profesor, traductor, melómano, se nutren en aquellos años quietos. Ya que por debajo comienzan a insinuarse las relaciones inquietantes, las posesiones diabólicas, las máscaras que son rostros, los encuentros a deshora. Que muestran en climas anodinos y sofocantes las pulsiones sin nombre de esas estancadas cárceles que son los pueblos camuflados bajo las ceremonias rituales, detrás de las apariencias solo por fuera comunes. Ya arden las llamas de lo insólito y marginal, como sucederá cuando se instale en Buenos Aires y publique, en 1951, su primer libro de cuentos, *Bestiario*, a los que seguirán entre otros, *Las armas secretas* (1959) y *Todos los fuegos el fuego* (1966).

Se ha casado con Aurora Bernardes, ella traduce a Faulkner y Sartre, él las *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar, y ambos trabajan en la UNESCO como traductores profesionales en insólitas conferencias por el mundo, que se enlazan con otras de la FAO o de la Comisión de Energía Atómica, con sede en Viena, que les permiten vivir y viajar por medio mundo. Entre otros lugares, a Nueva Delhi,

donde Octavio Paz, embajador de México en la India, lo alojará en la residencia oficial.

Allí se incrementará, en textos y poemas, un diálogo que se había reiterado en la inclusión de un poema de Octavio Paz en *Rayuela* (1963) y de un elogioso ensayo de Cortázar sobre *Libertad bajo palabra* (1949). En la página 618 de *Rayuela:*

> Mis pasos en esta calle
>
> Resuenan
>
> En otra calle
>
> Donde oigo mis pasos
>
> Pasar en esta calle
>
> Donde
>
> Solo es real la niebla
>
> *Octavio Paz*

Y, como diálogo respuesta, en 1966, Octavio Paz, en el prólogo a la antología *Poesía en movimiento*, dijo sobre *Rayuela:*

> *Rayuela* es una invitación a jugar el juego arriesgado de escribir una novela. Escribir, jugar y vivir se vuelven realidades intercambiables. *Rayuela* es un juego infantil y un camino espiritual que termina en una apuesta. Al término de la escalera nos espera un enigma cuyo significado depende de cómo hayamos jugado el juego: ¿suerte, destino, habilidad, gracia, compasión, iluminación, Tao? Cada uno dirá la palara que merezca. El lector no sólo participa sino que interviene; es el autor de la respuesta final. (p. 12)

Por ello mantendrá los versos de Octavio Paz como una clave que abre otras puertas, que convoca nuevos sentidos y aperturas a otros mundos. En la p. 484 citará Cortázar a Octavio Paz: "muslos de sol, recintos del verano".

Pero también se da, vía Susuki, el budismo zen: desprendernos de nosotros, vernos alejarnos. Media la incurable nadería del yo "como si yo fuera alguien que me está mirando" (p. 461). Y a partir de Morelli, teórico que dentro de la novela reflexiona sobre ella, una muy amplia, erudita y exhaustiva meditación sobre el hecho de escribir. Donde el lector será copartícipe y copadeciente de la experiencia por la que pasa el novelista, "en el mismo momento y en la misma forma" (p. 453) Porque el lenguaje, ya petrificado en fórmulas, ya fosilizado en lugares comunes, necesita ser revivido, "del ser al verbo, no del verbo al ser". Lo que cuenta no es escribir. Es desescribir.

Por ello es necesario considerar el tema del lenguaje como el tema capital. La ruptura y demolición de lo que estaba congelado y que era necesario dinamitar. En los textos de Águila *o sol* (1949-1950) Octavio Paz incluye una sección titulada "Trabajos del poeta". Comparto el número XII, que muestra muy bien sus propósitos. Concentrados ataques a las mismas limitaciones que nos hemos impuesto. Obstáculos que por negligencia, desidia o dejadez complaciente nos impiden superar esa pasividad de quien apenas si subsiste entre lugares comunes y fórmulas desgonzadas. Quizás al otro lado del muro encontremos la vida plena y no soportada o recortada:

> Luego de haber cortado todos los brazos que se tendían hacia mí; luego de haber tapiado todas las ventanas y puertas; luego de haber inundado con agua envenenada los fosos ; luego de haber edificado mi casa en la roca de un No inaccesible a los halagos y al miedo; luego de haberme cortado la lengua y luego de haberla devorado; luego de haber arrojado puñados de silencio y monosílabos de desprecio a mis amores; luego de haber olvidado mi nombre y el nombre de mi lugar natal y el hombre de mi estirpe; luego de haberme juzgado y haberme sentenciado a perpetua espera y a soledad perpetua, oí contra las piedras de mi calabozo de silogismos la embestida húmeda, tierna, insistente, de la primavera.

Por su parte, en 1962, Julio Cortázar, en sus *Historias de cronopios y de famas,* emplea otra arma peligrosa y letal: el humor. Y lo hace contra el mayor enemigo posible: aquel que está dentro de nosotros y poco a poco nos encoge, arruga y hace desaparecer : el tiempo mismo. Que creemos usar y dominar y es él quien nos esclaviza como en este "Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj".

> Piensa en esto: cuando te regalan un reloj, te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan –no lo saben, lo terrible es que no lo saben–, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su correa como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca. Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj; te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por radio, en el servicio telefónico. Te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se te caiga al suelo y se rompa. Te regalan su marca, y la seguridad de que es una marca mejor que las otras, te regalan la tendencia a comparar tu reloj con los demás relojes. No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj.

IV

Octavio Paz y Julio Cortázar recuerdan al Che Guevara

En 1967, desde Nueva Delhi, Octavio Paz le responde al poeta español León Felipe agradeciéndole una carta poema y lamentando un desencuentro en México. Mientras le escribe llega la noticia: la muerte del Che Guevara.

> La muerte del Comandante Guevara
>
> también es ruptura
>
> no un fin
>
> Su memoria
>
> no es una cicatriz
>
> es una continuidad que se desgarra
>
> para continuarse
>
> La poesía

es la hendidura

y el espacio

entre una palabra y otra

configuración del inacabamiento.

En la edición de su *Obra poética* (1935-1988), que Octavio Paz publica a fines de 1990, hay una nota aclaratoria que plantea una matización sobre esta figura –y acorde con el poema un desgarramiento que es continuidad, en un propósito de unidad de estas naciones–. El sueño trunco de Bolívar.

Cortázar, en *Todos los fuegos el fuego*, de 1966, había incluido un cuento que rendía un homenaje al Che. El Che, que desembarca, con asma y entre pantanos, para internarse en la selva y luego ascender a la montaña. Alguien que ya prevé el desastre que se avecina. "De los ochenta nos han matado por lo menos a cincuenta o sesenta": Pero que también cambia el tono al recordar un cuarteto de Mozart, llamado *La caza*, trasponer "una ceremonia salvaje a un claro goce pensativo", "una torpe guerra a un orden que le dé sentido".

Al Che

Yo tuve un hermano.
No nos vimos nunca
pero no importaba.

Yo tuve un hermano
que iba por los montes
mientras yo dormía.

Lo quise a mi modo,
le tomé su voz
libre como el agua,
caminé de a ratos
cerca de su sombra.

No nos vimos nunca
pero no importaba,
mi hermano despierto
mientras yo dormía,

mi hermano mostrándome
detrás de la noche
su estrella elegida".

(Madrid, *La Estafeta Literaria,* No. 383, 18 de noviembre de 1967)

Grandes traductores ambos, a Paz y a Cortázar los une también su pasión por la pintura. Escribieron sobre pintores amigos y llegaron a coincidir en notas complementarias sobre el pintor catalán Antoni Tapiès. Son tantos sus puntos en común y también, quizás, sus discrepancias políticas que hoy, al celebrar su doble centenario de nacimiento, lo mejor es señalar estas primeras afinidades y volver a leerlos y releerlos porque ellos dos juntos cambiaron la literatura latinoamericana en un momento cenital de su historia.

12
1
2
3
8
9
10
11